

RIQUEZAS DE LA LITURGIA
Secuencia del Corpus Christi
Lauda, Sion, Salvatorem

Pablo Cervera Barranco

Alaba, alma mía, a tu Salvador;
alaba a tu guía y pastor
con himnos y cánticos.

Pregona su gloria cuanto puedas,
porque Él está sobre toda alabanza,
y jamás podrás alabarle lo bastante.

El tema especial de nuestros loores
es hoy el pan vivo
y que da vida.

El cual se dio en la mesa de la sagrada cena
al grupo de los doce apóstoles
sin género de duda.

Sea, pues, llena, sea sonora,
sea alegre, sea pura
la alabanza de nuestra alma.

Pues celebramos el solemne día
en que fue instituido
este divino banquete.

En esta mesa del nuevo rey,
la pascua nueva de la nueva ley
pone fin a la pascua antigua.

Lo viejo cede ante lo nuevo,
la sombra ante la realidad,
y la luz ahuyenta la noche.

Lo que Jesucristo hizo en la cena,
mandó que se haga
en memoria suya.

Instruidos con sus santos mandatos,
consagramos el pan y el vino,
en sacrificio de salvación.

Es dogma que se da a los cristianos,
que el pan se convierte en carne,
y el vino en sangre.

Lo que no comprendes y no ves,
una fe viva lo atestigua,
fuera de todo el orden de la naturaleza.

Bajo diversas especies,
que son accidente y no substancia,
están ocultos los dones más preciados.

Su Carne es alimento y su Sangre bebida;
mas Cristo está todo entero
bajo cada especie.

Quien lo recibe no lo rompe,
no lo quebranta ni lo desmembra;
recíbese todo entero.

Recíbelo uno, recíbenlo mil;
y aquel lo toma tanto como estos,
pues no se consume al ser tomado.

Recíbenlo buenos y malos;
mas con suerte desigual
de vida o de muerte.

Es muerte para los malos,
y vida para los buenos;
mira cómo un mismo alimento
produce efectos tan diversos.

Cuando se divida el Sacramento,
no vaciles, sino recuerda
que Jesucristo tan entero
está en cada parte como antes en el todo.

No se parte la sustancia,
se rompe solo la señal;
ni el ser ni el tamaño
se reducen de Cristo presente.

He aquí el pan de los ángeles,
hecho viático nuestro;
verdadero pan de los hijos,
no lo echemos a los perros.

Figuras lo representaron:
Isaac fue sacrificado;
el cordero pascual, inmolado;
el maná nutrió a nuestros padres.

Buen pastor, pan verdadero,
¡oh Jesús!, ten piedad.

Apaciéntanos y protégenos;
haz que veamos los bienes
en la tierra de los vivientes.

Tú, que todo lo sabes y puedes,
que nos apacientas aquí siendo aún mortales,
haznos allí tus comensales,
coherederos y compañeros
de los santos ciudadanos.

En los orígenes de esta secuencia

Corría el año de 1264. Urbano IV ordenó que se convocara una asamblea escogida que reuniese a los maestros de teología más famosos de aquel tiempo. Entre ellos se encontraban dos bien conocidos no solo por el brillo de la inteligencia y pureza de su doctrina, sino por la heroicidad de sus virtudes: santo Tomás de Aquino y san Buenaventura.

La razón de la convocatoria se relacionaba con una reciente bula pontificia en la que se instituía una fiesta anual en honor del Santísimo Cuerpo de Cristo. Para que esta conmemoración tuviese gran esplendor, Urbano IV deseaba que se compusiera un Oficio, así como el propio de la Misa para ser cantado en esa solemnidad. Por ello, pidió a cada uno de aquellos doctos personajes que elaboraran una composición y se la presentasen en unos días, con el fin de escoger la mejor.

Se hizo célebre el episodio ocurrido durante la sesión. El primero en exponer su obra fue fray Tomás. Sereno y calmadamente, desenrolló un pergamino y los circundantes oyeron la declamación pausada de la Secuencia compuesta por él: *Lauda, Sion, Salvatorem, lauda ducem et pastorem in hymnis et canticis* (Alaba, Sion, al Salvador, alaba a tu guía y pastor con himnos y cánticos). Admiración general. Fray Tomás concluyó: *Tuos ibi commensales, cohæredes et sodales, fac sanctorum civium* (admítenos en el cielo entre tus comensales y haznos coherederos en compañía de los que habitan la ciudad de los santos).

Fray Buenaventura, digno hijo del Poverello de Asís, rasgó sin titubear su composición; los demás lo imitaron, rindiendo tributo de esta manera al genio y piedad del Aquinate. La posteridad no llegó a conocer las demás obras, sublimes sin duda, pero inmortalizó el gesto de sus autores, verdadero monumento de humildad y modestia.

La secuencia fue compuesta por santo Tomás de Aquino tras la creación de la misa de *Corpus Domini* en 1264. Fue compuesta en la ciudad de Orvieto, lugar donde se produjo un milagro eucarístico que cada año atrae a miles de peregrinos a la catedral (una de las más bellas de Italia), donde se conserva el corporal sobre el que se produjo el milagro.

En 1679 la autoría del Aquinate fue puesta en duda por los bolandistas, que generaron con ello una fuerte discusión con los dominicos, quienes argumentaban con el testimonio de un contemporáneo de santo Tomás: Tolomeo de Lucca.

Carácter y contenido

Aquello que santo Tomás enseñó en sus tratados de teología al respecto de la Sagrada Eucaristía, lo expuso magistralmente en forma de poesía en el *Lauda Sion*. La secuencia *Lauda Sion* sintetiza toda la teología y toda la mística de la Eucaristía. En el Concilio de Trento, como se había realizado un uso abusivo de este tipo de composiciones en la liturgia (existían cientos de secuencias), se limitó su uso a cuatro grandes fiestas: Domingo de resurrección (*Victimae paschali laudes*), Pentecostés (*Veni, Sancte Spiritus*), Corpus Christi (*Lauda, Sion*) y San Benito (*Laeta dies*); posteriormente, en 1726, se incorporó a este cuarteto de secuencias una quinta —por iniciativa de Benedicto XIII— para la celebración de la Virgen de los dolores (*Stabat Mater*).

La secuencia *Lauda Sion* copia la melodía de una secuencia de Adán de San Víctor del siglo XII. Su texto es quizás el que más lleva la impronta de santo Tomás. Explica la doctrina de la Eucaristía con precisión y en un latín puro y conciso. El gran Dom Guéranger dijo del

Lauda Sion: «Es aquí donde el más alto poder de una escolástica, no descarnada e incompleta, como la de hoy, sino jugosa y completa, como la de la Edad Media, ha sabido plegar el ritmo de la lengua latina a la exposición clara y precisa de un dogma, tan abstracto para el teólogo como dulce y consolador para el corazón de los fieles».

Sobre el contenido de esta secuencia cabe destacar que se trata de un verdadero tratado teológico sobre la Eucaristía. No solo habla de la debida adoración de la Eucaristía, sino que utiliza una forma poética para explicar cuestiones muy relevantes: el fundamento histórico del sacramento (la última cena); la transustanciación; la alusión directa a las especies que esconden el misterio como «accidentes», no como «sustancia»; la presencia concreta, completa y real de Cristo en las especies, así como en todas las partes de ellas; los beneficios de la comunión, etc.

Sin duda, es un texto que no solo merece la pena ser cantado, sino que debe ser meditado.

Síntesis teológica, en forma de poesía

Se trata de verdadera literatura, que brilla por la profundidad del contenido y por la belleza de la forma, elevación de la doctrina, exacta precisión teológica e intensidad de sentimiento. El ritmo fluye de modo suave, hasta en las estrofas más didácticas. La melodía —cuyo autor es desconocido— combina bellamente con el texto. La unción es inagotable.

Santo Tomás se revela como filósofo y místico, como teólogo de la mente y del corazón, realizando su propia exhortación: «Sea la alabanza plena, retumbante, alegre y llena del brillante júbilo del alma».

Cuenta con 24 estrofas. Las primeras son una invitación a la alabanza y a la acción de gracias. Luego se retoman algunas imágenes del Antiguo Testamento que la teología cristiana aplica a la Eucaristía. Sigue una oración de alabanza y petición a Jesucristo como buen Pastor.

Alaba, Sion, al Salvador, alaba al Guía y Pastor con himnos y cánticos

Estas palabras constituyen el primer verso del *Lauda Sion*. En ellas se expande el corazón de un santo, envuelto por la gracia mística del Santísimo Sacramento, que pide a Sion, es decir, al pueblo elegido del Nuevo Testamento, que pase a alabar al Salvador. Santo Tomás, el mayor teólogo de la historia de la Iglesia —«el más sabio de los santos, y el más santo de los sabios»— era tan fervoroso devoto de Jesús Eucaristía que, en las horas en que sentía dificultad en sus estudios, colocaba la cabeza dentro de un sagrario para ser iluminado por el propio Dios y no la retiraba mientras no encontraba la solución.

Desde ese primer verso hasta el final de la quinta estrofa, santo Tomás condensa toda la infinita alabanza al Santísimo Sacramento del Altar.

Luego continúa pidiendo a los fieles que «alaben al guía y pastor con himnos y cánticos». Pero, ¿cómo alabar adecuadamente este Santo Sacramento? ¿Cómo alabar suficientemente al propio Dios? Es el sacramento más elevado y sustancioso de todos, pues en él está presente el propio Hombre-Dios, en Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad. No hay palabras, no hay gestos, no hay nada que se pueda ofrecer y que esté a su altura. Por eso, santo Tomás casi llora al decir:

*«Pregona su gloria cuanto puedas,
porque él está sobre toda alabanza,
y jamás podrás alabarle lo bastante».*

Y explica que esta fue la tarea que recibió del Papa:

*«El tema especial de nuestros loores
es hoy el pan vivo
y que da vida».*

El santo trata de incentivar en nuestra alma una alabanza, la más perfecta de que seamos capaces, para acercarnos así al Santísimo Sacramento y adorar a Jesús, que se encuentra allí detrás del «velo» del pan y del vino.

Recuerdo de la institución del banquete eucarístico

A partir de este verso, hasta la décima estrofa, santo Tomás pasa a apuntar la institución de la Eucaristía en la de esta liturgia establecida por el Papa.

*«En esta mesa del nuevo rey,
la pascua nueva de la nueva ley
pone fin a la pascua antigua».*

El rito de la Iglesia católica encerrará el de la Antigua Ley, que era su prefigura. Por eso, completa santo Tomás:

*«Lo viejo cede ante lo nuevo,
la sombra ante la realidad,
y la luz ahuyenta la noche».*

Una vez que se ha realizado lo simbolizado y prefigurado, ya no tiene sentido celebrar el símbolo. El culto de la sinagoga en el Antiguo Testamento se dirigía hacia la espera del Salvador, y sus ritos lo simbolizaban. En el nuevo rito, en la celebración eucarística, Jesucristo se inmola a sí mismo. Aunque, estando presente lo simbolizado, ¿para qué el símbolo? ¿Cuál es el sentido de inmolar un cordero? El rito nuevo supera al viejo...

*«Lo que Jesucristo hizo en la cena
mandó que se haga
en memoria suya».*

Aquí santo Tomás recuerda las palabras de Jesús en la Cena del Jueves Santo: «Haced esto en memoria mía».

*«Instruidos con sus santos mandatos,
consagramos el pan y el vino,
en sacrificio de salvación».*

Santo Tomás, sacerdote, podía decir con toda propiedad: «instruidos por sus santos mandatos». Es una referencia al sacramento del orden, que da a aquel que lo recibe poder prestar sus labios y sus manos al Redentor para que se realice el mayor milagro de la historia de la humanidad: la transustanciación. La sustancia del pan y el vino ceden su lugar a la sustancia del Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de nuestro Señor Jesucristo.

Síntesis de la doctrina eucarística

*«Es dogma que se da a los cristianos,
que el pan se convierte en carne,
y el vino en sangre».*

A partir de aquí, en diez estrofas, el Aquinate detalla, en síntesis preciosa, la doctrina católica sobre el Sacramento del Altar.

*«Lo que no comprendes y no ves,
una fe viva lo atestigua,
fuera de todo el orden de la naturaleza».*

De hecho, con nuestra inteligencia, jamás llegaríamos a penetrar en este misterio tan sagrado. Ni siquiera los demonios, que son de naturaleza angélica y, por lo tanto, superior a la nuestra, consiguen discernir en las apariencias del pan y el vino al Hombre-Dios. Solo la fe hace penetrar en este santo misterio.

*«Bajo diversas especies,
que son accidente y no substancia,
están ocultos los dones más preciados».*

Santo Tomás vuelve a insistir en la idea de que los «velos» del vino y el pan ocultan realidades divinas.

*«Su Carne es alimento y su Sangre bebida;
mas Cristo está todo entero
bajo cada especie».*

Es verdad de fe que la teología nos explica. Al mirar el vino y la hostia consagrados, podríamos imaginar que la carne está solo en la eucaristía pan, y la sangre solo en la eucaristía vino. Sin embargo, la doctrina nos dice y nuestra fe asimila que el Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de Cristo se encuentran plenamente tanto en la hostia como en el vino consagrados.

*«Quien lo recibe no lo rompe,
no lo quebranta ni lo desmembra;
recíbese todo entero»*

Otra de las impresiones equivocadas que pueden asaltarnos es esta: al ver al sacerdote que divide una hostia, podríamos pensar que nuestro Señor ya no se encuentra entero en cada una de las partículas. No es así. Nuestro Señor se encuentra de modo íntegro en todas las fracciones visibles.

*«Recíbelo uno, recíbenlo mil;
y aquel lo toma tanto como estos,
pues no se consume al ser tomado»*

Otra verdad de fe: si un millón de personas comulgan al mismo tiempo, como ha sucedido en tantas Misas presididas por los Papas en sus viajes por el mundo, todos reciben a uno solo y al mismo Jesús, sin fraccionamiento de su Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad. Todos lo reciben en su totalidad. Y al recibir a nuestro Señor, no podemos consumirlo, pues, cuando se deshacen las especies sagradas en nuestro organismo, él deja nuestro cuerpo, santificando nuestra alma y dándonos vigor hasta en la salud.

*«Recíbenlo buenos y malos;
mas con suerte desigual
de vida o de muerte.*

*Es muerte para los malos,
y vida para los buenos;
mira cómo un mismo alimento
produce efectos tan diversos».*

Quien comulga en estado de gracia recibe un influjo de vida y de fuerza espiritual e incluso corporal. Entretanto, ¡ay de aquellos que se aproximan a ese Sacramento en estado de pecado mortal! Cuánto cuidado debemos poner para no acercarnos a la Eucaristía sin estar bien preparados. Busquemos antes el confesionario, que se encuentra a nuestra disposición, y sepamos arrodillarnos con humildad y pedir perdón por nuestras faltas.

*«Cuando se divida el Sacramento,
no vaciles, sino recuerda
que Jesucristo tan entero
está en cada parte como antes en el todo.*

*No se parte la sustancia,
se rompe solo la señal;
ni el ser ni el tamaño
se reducen de Cristo presente».*

Santo Tomás retorna aquí lo que ya enseñaba más arriba, para solidificar en las almas la doctrina católica a respecto de la Eucaristía.

*«He aquí el pan de los ángeles,
hecho viático nuestro;
verdadero pan de los hijos,
no lo echemos a los perros».*

El santo recuerda en estas frases que el Sacramento del Altar es la realización de signos antiguos:

*«Figuras lo representaron:
Isaac fue sacrificado;
el cordero pascual, inmolado;
el maná nutrió a nuestros padres».*

Las últimas estrofas alaban al buen Pastor que nos alimenta y guarda, y hace que en el futuro participemos del banquete celestial. En este tramo final de la secuencia, la letra y la melodía se unen en una belleza sublime, de dulzura irresistible:

*«Buen pastor, pan verdadero,
¡oh Jesús!, ten piedad.
Apacientanos y protégenos;
haz que veamos los bienes
en la tierra de los vivientes.*

*Tú, que todo lo sabes y puedes,
que nos apacientas aquí siendo aún mortales,
haznos allí tus comensales,
coherederos y compañeros
de los santos ciudadanos».*